
POSMODERNIDAD Y CIENCIAS SOCIALES

*Jorge N. Elbaum**

En las últimas dos décadas las ciencias sociales, las disciplinas humanísticas, las artes plásticas y la arquitectura han sido los ámbitos en los cuales la discusión sobre la modernidad y la posmodernidad se ha dado con mayor intensidad y profundidad. La controversia puso en juego desde el inicio “el lugar” desde dónde mirar y juzgar los procesos y los cambios sociales.

Se trataba, nada menos, que de instituir una u otra forma de explicar (y legitimar) lo que estaba sucediendo en nuestro mundo: si nos hallamos todavía inmersos en los vaivenes, las rupturas y los proyectos de cambio que prometió, desde la Revolución Francesa, la modernidad, o si nos encontramos en la ruta desnuda de un presente perpetuo, desencantado de los promisorios augurios de dicha social y progreso. En todo momento estuvo en juego la definición más apropiada al clima que devino

* Departamento de Ingeniería e Investigaciones Tecnológicas, Universidad Nacional de La Matanza.

con el fin de la guerra fría y la precisión acerca de cuáles deberían ser las prácticas, las interpretaciones y las políticas más adecuadas para ejecutar en la nueva (posmoderna) o perpetuada (moderna) realidad.

Después de cientos de *papers*, en cuyas copiosas líneas y portadas se hace referencia a esta polémica, se ha terminado por desvirtuar u obviar los orígenes y el contexto en el cual se inició el debate y las causas académicas y políticas que motivaron dicho enfrentamiento. Más aun, el concepto descriptivo de **posmodernidad** ha sido confundido y simplificado cuando se trasladó al uso diario. Pasó a ser utilizado indistintamente como adjetivación de todo comportamiento, estética o expresión de insensibilidad genérica. Su definición terminó siendo asociada al pragmatismo más acérrimo e irracional. Esta desvirtuación se ha dado sobre todo en América latina, donde se ha omitido la valoración positiva de los aportes que, desde dicho enfoque, se han llevado a cabo, o que su "paradigma débil" ha permitido profundizar. Pareciera que las diferentes corrientes posmodernas fuesen únicamente la manifestación de la apatía y de la indolencia intelectual, sobre todo cuando se inmiscuyen en determinadas problemáticas del orden de lo social, político o ético. Incluso se suele considerar al "yuppismo" más descarnado como la ejemplificación acotada de un desinterés que el posmodernismo pondría en evidencia.

Lejos de estas suposiciones o generalizaciones, su "puesta en ejecución", es decir el programa de investigación y los lineamientos teóricos que el posmodernismo ha desarrollado, difieren considerablemente de los rasgos que se les imputan. Los textos y las investigaciones que han promovido muchos de sus autores evidencian que, o bien han traicionado las promesas apáticas que sugirieron en algún momento o bien han desafiado y negado los prejuicios de inconsistencia y quietismo con el que se los caratuló a inicios y mediados de los 80.¹

Promesas negadas

Esta sucinta presentación de la problemática pretende servir como punto de partida para desmitificar el uso y el abuso de la nominación de una corriente que al ser apropiada valorativamente por el sentido común, ha sido retomada y recuperada -de la misma forma limitada y prejuiciosa- por una gran parte de las ciencias sociales. Como en muchas ocasiones, cuando se importan modas intelectuales, éstas suelen pasar por un filtro de

¹ Agrupamos a los autores posmodernos en tres grandes núcleos. Por un lado, aquellos que provienen de una tradición posestructuralista, como Baudrillard y Foucault. En segundo término, aquellos que tienen un origen filosófico en Nietzsche, como Virilo; y por último, quienes cuestionan, desde una fenomenología *sui generis*, los principios aristotélicos de la identidad, combinándolos con ciertas herramientas del psicoanálisis, como Derrida y Deleuze, entre otros.

resignificación o de readaptación a la situación concreta del lugar donde va a imponer las nuevas preguntas. Lo que queremos afirmar aquí es que el concepto de "posmodernidad" ha sido tergiversado -o por lo menos desestandarizado- al ser utilizado comúnmente para nominar un tipo único de cosmovisión del mundo. Afirmar el carácter de alguna manera "activo" y provocativo de muchas de sus inquietudes y sus perspectivas "transversales", como aquí se pretende, no implica forzar las capacidades o las incapacidades que ha demostrado el programa de la posmodernidad para comprender y/o explicar el estudio de la realidad social.² De alguna manera, en este artículo se busca un acotamiento más adecuado para que dentro de las ciencias sociales no prime el criterio del sentido común para la conformación de las calificaciones o los enjuiciamientos.

Si bien es evidente que muchas de las producciones académicas que provienen de dicha corriente tropiezan con una expresividad enredada o con una carencia de coherencia teórica, también es verdad que una cantidad suficiente de sus elaboraciones distan mucho de poder ser etiquetadas como desechables o carentes por completo de rigurosidad. Gran parte de las investigaciones en ciencias sociales agrupadas en lo que se da en llamar los "estudios culturales", así como también las trascendentes aproximaciones a las problemáticas de género (patriarcalismo y feminismo), junto a las versiones fenomenológicas y semióticas de la antropología y los análisis textuales y literarios más audaces de los últimos años han provenido del trabajo de académicos que se sienten referenciados en esta corriente.³ Confirmar este aporte no implica eludir las falencias que su absolutista interés microsocia genera, ni olvidar algunas de sus versiones más apocalípticas o hedonistas surgidas desde el apresuramiento de algunos de sus intelectuales.⁴ Pero sí alcanza para eludir toda desvalorización de un aporte que

² Quizá sea importante aclarar que esta visión no sólo ha tenido una enorme influencia en las ciencias sociales sino que ha llegado a cuestionar el *status* mismo de la noción epistemológica de la ciencia que sustentaron las corrientes neopositivistas y popperianas hasta la década del 70. Es sabido que actualmente muchos físicos coinciden con que la ciencia no debe tener como objeto la búsqueda de "la verdad" sino que sus indagaciones debieran estar orientadas a construir las maneras más adecuadas de interpretar la realidad: buscar explicaciones apropiadas más que "verdades" imposibles de ser falsadas. Este enfoque guarda muchas similitudes con los enfoques "interpretativos" y "deconstructivistas" que han postulado algunos de los autores convertidos en mentores de las concepciones posmodernas.

³ Los trabajos que puntualizan el aporte de esta corriente a los estudios sociales son detallados en los siguientes textos: Z. Bauman, "Is there a postmodern sociology?", en *Theory, culture and sociology* N°5, 1988, pp.217, 237; H. Foster, (ed), *Postmodern Culture*, London, Pluto Press, 1985; L.J. Nicholson (ed), *Feminism/Postmodernism*, Andover Hants, Routledge, Chapman and Hill, 1990; D. Harvey, *The condition of postmodernity*, London, Methuen, 1989, entre otros.

⁴ El sesgo localista refiere a que sus intereses de investigación suelen estar acotados a

ha contribuido en forma significativa al conocimiento que la sociedad - o las sociedades- poseen de sí mismas. Algunas de sus líneas de trabajo han sido retomadas reiteradamente por autores que no se consideran parte de esta concepción y muchos de sus hallazgos son parte hoy del sedimento cognoscitivo de la teoría social.⁵

El estigma de desorden teórico y metodológico que se le asigna ha llevado a que en los últimos años no se aclare que, entre los fundamentos de su crítica a la modernidad, **no está presente un descreimiento a toda herramienta conceptual ni una certeza en la imposibilidad del conocimiento, sino que sus dardos se orientan a cuestionar un tipo de validación generalista y totalizadora que caracterizó -según los posmodernistas- el desarrollo de la ciencia social desde el siglo XIX hasta la fecha.**

Continuidad o cambio

Muchas han sido las causas que según los más conocidos autores posmodernos han originado lo que es caracterizado como una nueva etapa "histórica". Por su parte, desde la perspectiva de sus críticos, muchas son las comprobaciones y las constancias para demostrar que esta etapa -la posmoderna- no es más que una radicalización o nueva expresión, potenciada, de la modernidad.⁶ De todas formas, unos y otros, quienes han llevado a cabo las disputas acerca del fin o la continuidad de la modernidad han aceptado y compartido que hay acontecimientos "bisagra" que han configurado de una manera diferente nuestro planeta. Ambas posiciones han advertido que desde fines de la década del 60 hasta fines de los 80 ha

mínimas interrelaciones por considerar "totalitario" todo abordaje sistemático o normativo. El énfasis **apocalíptico** de algunos de sus autores claves -como el anunciado y simplista "fin de lo social" o "estallido de lo social" promocionado por Baudrillard y el hedonismo consumista que se asocia a esta "ausencia de futuro"- son el resultado de algunas de las exageraciones provocadoras que caracterizan a los "autores-estrellas" del posmodernismo.

⁵ Entre sus hallazgos está básicamente, a) el cuestionamiento frontal a los teoricismos totalizantes, b) la crítica al monismo metodológico característico del positivismo (en el sentido de que toda indagación debe ser parte de los mismos métodos que poseen las ciencias naturales) y c) la revalorización de la comprensión (*Die Verstandnis*) y la interpretación en el abordaje de los imaginarios, las valoraciones y las representaciones sociales.

⁶ Los filósofos sociales franceses, ligados al posestructuralismo y los críticos literarios norteamericanos han sido los defensores de establecer este nuevo límite epocal, mientras que Jürgen Habermas, Anthony Giddens y Marshal Berman fueron los más conocidos polemistas que afirmaron el contenido moderno (o "ultra-moderno", como en el caso de Giddens) del posmodernismo. Véanse, básicamente: A. Giddens, *The consequences of modernity*, Stanford University Press, California, 1990; M. Berman, *Todo lo sólido se disuelve en el aire, Siglo XXI*, Buenos Aires, 1990 y J. Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, Taurus, Tomo II, Madrid, 1988.

sucedido un cambio fundamental en las formas de organización política y económica, como también en las maneras de percibir la realidad social. Mutaciones materiales y simbólicas que han promovido una de las luchas teóricas más trascendentes de las ciencias sociales de nuestro tiempo. Quizás exista un hecho que es central, y que así es evaluado por unos y por otros: la caída estrepitosa (y llamativamente no prevista por los científicos sociales) del modelo comunista de los países del Este europeo. Este cambio retumbó y resquebrajó parcialmente, sobre todo, uno de los paradigmas más asentados de las ciencias sociales: el marxismo. Y arrastró a todos aquellos prototipos de análisis que suponían una abarcadora causalidad social motivada por dimensiones uni-causales y a la vez profundamente **objetivas**. De esta manera, junto con los enfoques **totalizadores** del materialismo histórico, entraron en crisis teórica aquellos que coincidían con este último en sustentar un acercamiento holístico y nomológico, como ser el positivismo y otras modalidades de los llamados "paradigmas normativos".⁷ Como lo afirma Gilberto Giménez:

A mi modo de ver, la novedad de la situación teórica actual radica en la pérdida del monopolio de la explicación nomológico-deductiva como la única válida en las ciencias sociales y, correlativamente, la hegemonía creciente de los modelos micro-interpretativos.⁸

Esta fue inicialmente la brecha que han superado quienes, desde los lineamientos difusos del posmodernismo, se han abocado a investigar desde una variante historicista, deconstructivista, existencialista, interpretativa, fenomenológica y microsociológica. Reanudando así una tarea de comprensión que algunos autores clásicos habían postulado como imprescindible desde la constitución como ciencia de las disciplinas sociales. Este cambio de mirada teórico-metodológica permitió que aparecieran nuevamente en escena las variantes interpretativas de Weber, los enfoques de significaciones sociales de Simmel o los abordajes de redes grupales de la Escuela de Chicago, vinculados a la genealogía nietzscheana y a la historización de las sensaciones, los afectos y las pasiones: lo simbólico resurgió del olvido para demostrar a los objetivismos que las percepciones, los imaginarios, los discursos, las valoraciones y los juicios sociales son tan conformadores de realidad como los mismos datos "objetivos" y normativos de las distribuciones y las materialidades.

⁷ Caracterizamos como paradigmas normativos aquellos postulados, como el estructural-funcionalismo, el estructuralismo francés o el modelo sistémico de Luhuman, que consideran a la *agency* como un reflejo de normas sociales estipuladas.

⁸ G. Giménez, "En tomo a la crisis de la sociología", *Revista Sociológica*, año 7, N°20, setiembre de 1992. Este auge de los modelos de acercamiento "transversales" y micro-sociales o interpretativos es deudor del cuestionamiento llevado a cabo por las distintas corrientes posmodernas.

Comprender el sentido común

Dejando de lado toda perspectiva holista y totalizadora, aquellos que se autodenominan posmodernos (o que son catalogados como tales), lejos de asumir una posición quietista o simplemente "hedonista" frente a la realidad social, **han asumido, básicamente, una perspectiva dinámica y cuestionadora de la vida cotidiana. Han elaborado herramientas conceptuales para desmitificar los discursos sociales, haciendo al mismo tiempo que los paradigmas unicausales o sistémicos poseen su mirada sobre las subjetividades y las formas en que éstas se constituyen.** Los abordajes de los *Cultural Studies*, las investigaciones sobre la problemática del género que descubren los modelos patriarcales a través del discurso ritual, el cuestionamiento epistemológico del método hipotético deductivo y la labor "de-constructora" de los saberes han sido algunos de los aportes que se han producido desde el enfoque posmoderno.

Decíamos más arriba que lo que ha sucedido en realidad es que se ha superado el maniqueísmo con que se juzgaba a aquellos que comulgan con ciertos contenidos de la posmodernidad, que algunos de los resultados provenientes de sus lineamientos no son contradictorios con los contenidos trascendentes que caracterizaban a la modernidad: sobre todo las ideas centrales de (r)evolución, cambio, progreso y vanguardia estética. A la luz de la enorme bibliografía que recorre las revistas especializadas y las citas académicas, es posible afirmar que las investigaciones "posmodernas" han puesto luz sobre problemáticas que eran despreciadas o consideradas superficiales en las últimas décadas. Problemáticas que han abordado "desde otro lado" las mismas cuestiones que la modernidad postulaba como componentes innegociables de su escudo heráldico: las regularidades sociales, las rupturas (los cambios) y las tendencias.⁹ En las universidades de Estados Unidos, de Francia o de Gran Bretaña, por ejemplo, la despenalización simbólica que permitió el estudio de las relaciones micro-sociales y las temáticas difusas tales como los afectos, las sensibilidades o el dolor, así como también imposición de discursos como conformadores de los *habitus*, han abierto una serie de nuevas líneas de investigación que han dado enormes frutos, sobre todo en ciencias de la comunicación, en sociología de la cultura, en educación y en los estudios de género.¹⁰

⁹ El único dato de distinción es el abandono por parte de los posmodernos de toda filosofía de la historia, es decir de toda tendencia marcada por una fuerza inmanente a sí misma. Para la posmodernidad no existe ninguna trascendencia vinculada a la noción de tiempo.

¹⁰ *Habitus* es la categoría bourdesiana que media entre el sujeto y la estructura, es decir, que define las percepciones y las prácticas internalizadas por los agentes, de las estructuras objetivas y subjetivas existentes socialmente. Véase P. Bourdieu, *El sentido práctico*, Taurus, Madrid, 1991 y, del mismo autor, *La distinción*, Taurus, 1990.

El producto concreto de dicha disputa -como muchos suponen en su juicio respecto de los "posmodernistas"- no ha devenido en dejadez intelectual u holgazanería crítica por parte de los autodenominados posmodernos, sino que ha potenciado en muchos casos las miradas posibles de las particularidades sociales, otrora abandonadas por las soberbias "todologías" de los saberes evolutivos y/u holísticos. Esta contribución no ha sido valorada ni apreciada lo suficiente en nuestras ciencias sociales, que siguen muchas veces desvalorizando los estudios "posmodernos" por considerarlos -en todos los casos- insignificantes o ligeros. Sin embargo, muy pocos cuestionamientos han ido tan a fondo como la crítica al absolutismo teórico que el modernismo postuló como emblema justificatorio de todas sus explicaciones causales. Nada ha sido más beneficioso para los que nos seguimos sintiendo parte de la modernidad que este señalamiento -de alguna manera un ejemplo de "vigilancia epistemológica", al decir de Bachelard o Bourdieu- dirigido contra la soberbia del saber acumulativo y trascendente.

